

En torno al universo de la deficiencia mental

Miguel Jarquín

Dr. en Filosofía. Integro.
Guadalajara (México).

París, 12 de diciembre de 1982

Queridos amigos:

Me he enterado con gran paz y alegría del nacimiento de su asociación *Pro Deficiente Mental*, por medio del señor Miguel Carlos Jarquín. Es una paz y alegría que sin duda está también cercana a ustedes. Estoy segura de ello, tanto como de la Navidad que vamos a vivir en estos días.

Creo que nunca tendré la alegre oportunidad de encontrarme con ustedes; México está demasiado lejos de Francia.

Por esta razón estoy muy emocionada al ver que existe entre nosotros esa amistad, a pesar de la lejanía, ya que ustedes y yo misma hemos vivido o vivimos actualmente un sufrimiento común: el de un hijo que tiene estropeado lo más esencial para vivir, su espíritu, su mente.

Yo sé de lo que estoy hablando: durante meses y años, años de guerra, para ser más precisa, he sido afectada por la enfermedad de mi hija Francisca. A quien este drama llenó de horror, antes que a nadie, fue a nosotros, padre y madre de esta niña magullada. Nosotros, que dábamos un valor supremo exactamente a la vida del espíritu y, más aún, en relación con aquellos que amábamos... Nosotros, que amábamos profundamente toda esta fuerza de vida y de creación en las personas, y que solicitábamos con tanta insistencia a todos nuestros

amigos... con Francisca estábamos totalmente privados de esta relación. Aniquilados, destrozados por la enfermedad de Francisca, como si esta fuerza en nosotros se encontrara sin sentido y no existiera más. Suprimida totalmente por la potencia del sufrimiento.

Voluntariamente paso en silencio el dolor que me causó la muerte de mi marido, que no logró sino hundirme durante meses en una desesperación intensa. Francisca vivió hasta la edad de 19 años y mucho tiempo después de la muerte de su padre.

Los años corrian, hasta el día en que me di cuenta de lo siguiente: en esta lucha entre las fuerzas de la vida y de la muerte estoy sola: Dios me ayuda inconscientemente a mis ojos y nadie más. Soy yo la única juez y responsable por aceptar reconocer este impulso de la vida del espíritu que completa en mí la vida estrictamente física. Es mi compromiso el aceptarla, para mí misma en primer lugar y en mi relación con los otros, mis otras dos hijas en concreto. Por tanto, es mi causa el aceptarla, sin hundirme para siempre en la desesperación interna, arrastrando conmigo a los de mi alrededor.

Aceptar la lucha... En fin... ¡Esto depende únicamente de mí! Cuando poco a poco comprendí esta realidad y acepté gradualmente el ir reconociendo la energía de la vida que bulle en nosotros, en lo más íntimo de nuestro ser, volví a tomar un poco de esta

misteriosa fuerza y ¡tuve de nuevo ganas de vivir!

¡Atravesé momentos de todo tipo, por supuesto, con sus altas y sus bajas, pero muchas veces llenos de la alegría de vivir! Alegría por haber podido dominar mi sufrimiento y mi debilidad para reconocer a través de ellos la fuerza de una vida y la fuerza de la generosidad hacia los demás.

Estoy segura de que me disculparán por hablarles con toda mi amistad de mi única experiencia personal, pero mientras más sigo adelante más me convenzo claramente de que no soy la única, sino al contrario, me uno a todos los que descubren paso a paso que se necesita un poco de «buena voluntad para vivir», para ellos mismos y los demás. No dudo que ustedes, como yo, se darán cuenta de esta verdad inmensa: es realmente necesario pasar por el sufrimiento profundo y aceptarlo para conocer mejor la vida. También es ella la que nos une en una amistad cordial y, en nombre de esta «verdad», yo quisiera conservar el contacto con todos ustedes. Escribame, por favor, platicándome del funcionamiento de su asociación, lo que realizan juntos y en qué contexto se hallan sus personas deficientes: así aumentarán «mi buena voluntad para vivir». Mientras tanto, les agradezco muchísimo su amistad y hasta pronto.

Los espero.

Paulette Mounier

El testigo Emmanuel Mounier

Tal vez muchos de ustedes se pregunten por qué hemos transcrito la carta de Paulette Mounier. ¿Quién es ella? Para otros, en cambio, ella es bien conocida: es la esposa de Emmanuel Mounier. Él es el fundador del «personalismo», con el que ha inspirado a grandes y serios movimientos de liberación en el mundo del siglo xx, como a los dirigentes del movimiento del Maghreb y del Oriente Medio; a los del movimiento «Solidaridad» en Polonia; a la revista «Señal» en España, y obras como la de Ramón Xirau en México, algunos movimientos de liberación en América Latina y la postura personalista del Vaticano II, así como las encíclicas humanistas de Juan XXIII, y otros. Fue el soporte filosófico de la Escuela Normal de Especialización en México, durante la gestión directiva de la maestra Guadalupe Méndez Gracia.

Hoy tiene gran significación para nosotros, ya que nuestro marco de orientación está basado en su obra, al ver que no sólo habló, sino que fue un testigo con su vida de lo que escribió y pensó. Su pensamiento cobra mayor interés porque nos abrió una luz a quienes vemos la crisis actual del capitalismo en toda su decadencia, pero que al mismo tiempo vemos que el marxismo no es tampoco la solución. Son dos ideologías de poder y dominio que han creado dos mundos en pugna con una carrera de destrucción y enajenación. Queremos hallar nuevas soluciones y de momento nos situamos con los «no alineados», buscando respuestas propias para problemas propios.

Mucho podríamos decir de Emmanuel, sin embargo no es el

momento ni el lugar. Sólo hablamos de aquello que se relaciona directamente con su testimonio de hombre lleno de esperanza y con su mensaje, ya lejano en el tiempo, pero más presente y actual en la medida de su intensidad.

El 1 de abril de 1905 en la ciudad de Grenoble nació Emmanuel en el seno de una familia modesta, de origen campesino. ¡Cuánto habrá acumulado en su interior desde esa fecha hasta 1931, su año de entrada en acción! Hermosas líneas había escrito de Péguy, sin imaginarse que algún día le podrían ser aplicadas a él mismo:

«En este mundo turbado algunos llegan a nosotros igual que niños de ojos cargados de milagros. Llevan sobre sí, como una sonrisa, esa pureza hacia la cual los demás aspiran trabajosamente, y de ese despertar que resplandece en ellos irradia un mensaje».

Sus estudios lo inicia siendo ya mayor. Obtuvo matrícula de honor en el bachillerato. Siguiendo la solicitud de sus padres, ingresó en la Facultad de Ciencias. Ese no era el camino, y en un año lo vio claramente, orientándose a estudiar filosofía con Jacques Chevalier y pasar más tarde a La Sorbona. Establece un primer contacto con las miserables gentes que se reunían en las conferencias de San Vicente de Paúl. Esta experiencia marcará su vida y le llevará a escribir:

«Vengo del suburbio... No he visto jamás desolación semejante a la de esas cabañas de maderas dislocadas, hacinadas las unas contra las otras... museos grotescos de traperos y de chiquillos negros por dentro. Hace falta palpar estas cosas. Pienso volver».

Funda un grupo de estudios religiosos para formar futuros

profesores. Consigue la cátedra de filosofía con calidad de agregado en Saint Omer, para así conseguir su doctorado; sin embargo, abandona la Universidad: no acepta ser un intelectual aislado del mundo. Cambia la metafísica intelectualoide por la filosofía de la calle que no hace libros, sino personas.

Su pensamiento y su acción, reunidos bajo el movimiento llamado *personalismo*; la revista *Esprit*: su portavoz. En agosto de 1932 se había efectuado el congreso de fundación en Font-Romeu. En octubre, aparecería el primer número de *Esprit*, revista internacional de la nueva generación, en colaboración con G. Izard, redactor jefe, quien además asume la organización y el enlace con el movimiento político «Troisième Force».

En 1935 se casó con Paulette Leclerc. Fueron padres de tres hijos. Vivió con gran alegría en su familia y estuvo rodeado de muchos amigos, sin embargo tuvo que soportar terribles situaciones: dificultades económicas, encarcelamiento por el régimen de Vichy (como protesta se lanzó a la huelga de hambre. Bajo 11 kilos en 12 días); la encefalitis de su hija Francisca que la sumiría en la deficiencia mental profunda. En este clima de angustia vivió Emmanuel hasta que, al abrirse la aurora de la segunda mitad del siglo xx, siendo las tres de la madrugada de un 22 de marzo del 1950, muere de un infarto. Su esposa Paulette vivió en Chaatenay-Malabry.

El sufrimiento dejó sus huellas en la familia Mounier. Su correspondencia es el sendero de una luz que puede convertirse en itinerario para muchos de nosotros que apenas atisbamos la experiencia del dolor como si fuéramos a tientas. Rastreamos en

esas palabras llenas de esperanza y de fuerza:

«...Esta hijita nuestra que sufre como un pequeño Cristo en medio de nosotros... No puede uno dedicarse solamente a escribir libros. Es necesario que la vida nos arranque, de vez en cuando, del ensimismamiento de nuestras reflexiones, de ese pensamiento que vive a costa de los actos y méritos ajenos» (28 de agosto de 1940).

Entre los años 1939-40 se encuentra separada la familia por los años de guerra, a lo que se añade la enfermedad de su hija Francisca. Su correspondencia logró reunir el drama de la guerra y el abatimiento que les causaría la enfermedad de su hija. Al mismo tiempo uno halla en esas líneas conmovedoras una paz cotidiana que trasluce la herida abrasadora de una vida y de un país desgarrados, sin perder nunca el coraje del testimonio abierto y franco del que aprende a sufrir sin doblegarse, sino con los ojos puestos en el nuevo horizonte. A su amigo Paul Fraisse le escribe diciendo:

«En cuanto a Francisca, la prueba continúa desesperadamente lenta y constante. Ha tenido ahora una recaída leve, pero que es todo un síntoma. Tenemos el corazón deshecho, como puedes comprender. Pero estamos curados de angustia» (19 de enero de 1940).

A Paulette le escribe consciente de la enfermedad incurable de su hijita:

«¡Qué sentido tendría todo esto si no viéramos en nuestra hijita más que una masa viva que se va deformando, una pequeña vida accidentada, y no esta blanca hostia que nos va superando a todos, ese infinito misterio de amor que nos deslumbraría si lo mirásemos! ¡Qué sentido tendría todo

esto, cuando nuestro corazón comienza a habituarse y adaptarse al golpe precedente, si los trances cada vez más duros no fueran una elevación! Cada recaída es un nuevo motivo de amor...»

Si no pensásemos más que en sufrir, en pasar, en aguantar, no habría quien soportara esto...

No debemos pensar en este mal como en algo que se nos quita, sino pensemos, desde la mañana hasta la noche, en ofrecer, a fin de no desmerecer de ese pequeño Cristo que está en medio de nosotros, y de no dejarla a solas sino con Cristo...

No desperdiciemos estos días de gracia, tomémoslos por lo que realmente son: días llenos de gracia desconocida...» (20 de marzo de 1940).

Una vez más, Mounier escribe a su esposa:

«Siento, como tú, un gran cansancio y a la vez una gran paz. Siento que lo único real, lo único positivo, es esa paz, este amor a nuestra hijita que se transforma dulcemente en ofensa, en una ternura que la sobrepasa, que parte de ella, vuelve a ella y nos transforma con ella. El cansancio es solamente del cuerpo, que es demasiado frágil para soportar esta luz. Nos habíamos acostumbrado a ella, a poseerla, y esta es nuestra ofensa que se consume lentamente para un amor más bello...»

Tenemos que ser lo más fuertes que podamos, pero gracias a la oración, al amor, al abandono, al deseo de mantener la alegría profunda del corazón...

Nos encontramos los dos en la misma encrucijada, pobres criaturas tan débiles como siempre, cansados, con el corazón deshecho y sollozando. Es la misma mano la que se posa sobre nuestros hombros y nos señala la miseria de la humanidad por la cual

podemos ofrecer estos sufrimientos: por los que odian, por los que matan, por los que defraudan y por los que son odiados, por los muertos, por los deformados por la vida y por la dureza de los capitalistas. Esta misma mano nos muestra a nuestra hijita que era nuestra esperanza. Dios nos dice si nos la llevará o no, pero, al dejarnos en la incertidumbre, nos dice dulcemente. «Dámela por ellos». E íntimamente unidos, corazón a corazón, aunque no sabemos si El aceptará o nos la dejará, se la ofrecemos. Nuestras pobres manos débiles y pecadoras no son suficientes para sostenerla, y sólo poniéndola en Sus manos tendremos la suerte de encontrarla de nuevo. Estamos seguros de que a partir de este momento de ofensa, lo que suceda será lo mejor...» (2 de abril de 1940).

A dos de sus grandes amigos les escribe durante el momento de la gran ofensiva de mayo de 1940:

«...El último acto ha comenzado...»

El diagnóstico está hecho. Un ataque de encefalitis dejará a mi hijita destrozada. Nos hace falta agarrarnos fuertemente para no pedirle a Dios que se la lleve de una vez...» (5 de mayo de 1940, a Jérôme Martionaggi).

«Lo único que nos queda por hacer es uniros cada vez más estrechamente. Contamos contigo en todos los momentos, lo sabes bien...»

La suerte de Françoise está echada, es un eslabón más en la cadena fraternal de la inmensa miseria de los hombres...» (11 de mayo de 1940, a Jacques Lefranc).

No fue nada fácil que Emmanuel llegara a comprender cómo el gran misterio de la vida le comparaba un aprendizaje significati-

vo a través de una experiencia dolorosa: el destrozamiento de la mente de su hija Francisca. Había que cruzar el camino del dolor, del abatimiento, del caos y, por momentos, de la desesperación.

Es necesario acompañar de cerca a este hombre para no caer en la trampa de una visión del sufrimiento fácil y abnegado. Él era una llaga abierta con todo su drama auestas. A continuación cito una carta que Paulette dirige a Pierre Dantin en octubre de 1965, 25 años después de estos acontecimientos, para hacer ver la evolución interior de su esposo y el esfuerzo por asimilar cada circunstancia.

«El sufrimiento expuesto en estas cartas puede parecer a primera vista sosegado y como elevado por una gracia que lo baña sin esfuerzo con la visión serena de los diseños de Dios sobre él.

Sin embargo, no nos fiemos. En Emmanuel todo era un caos en aquellos momentos. La trama cotidiana que sostenía este sufrimiento no era más que un caos dramático. Desde 1939 —y estas cartas están escritas durante la guerra— Emmanuel vivió en la más total inseguridad. La revista que había fundado moría entre sus manos. Moría por falta de interés entre los lectores, porque el sentido de la dignidad humana que había intentado defender era caótico para un futuro que parecía cerrado para siempre; por un lamentable estado financiero, sostenido por el único sueldo de soldado de segunda clase que consistía en un trabajo obligatorio de simple escribiente en una oficina de retaguardia. Una

vida sin hogar que se le hacía insostenible por los cientos de kilómetros que le separaban de la familia. La pena de tener lejos a los suyos en esos momentos de sufrimiento. La angustia le invadía ante el pensamiento de cómo acabaría aquella guerra infernal, que ponía en peligro los fundamentos de nuestra civilización occidental, a causa de los pseudovalores del nazismo. Y además de todo eso la hija mayor horriblemente enferma, sin tener noticias más que de tarde en tarde, y a la que la situación creada por la guerra impedía cuidar convenientemente. Total, que no era un solo aspecto de su vida el que se sentía afectado por la tristeza del drama más terrible: en él, todo era un drama.

Pero, como todo verdadero cristiano que siente el corazón invadido por la angustia, trató de penetrar en el significado de estos sufrimientos, como uno trata de ver en el negativo de una fotografía cuál es la verdadera imagen que representa: «¿Qué quiere Dios hacerme comprender con esto? ¿Qué misterio quiere mostrarme a través de estos acontecimientos? ¿Qué sentido tienen en mi vida de cristiano?» Creía profundamente en el valor de los acontecimientos que nos enfrentan con el misterio de nuestra fe. «Los acontecimientos son nuestro maestro interior», como dice en otra parte. Estos temas del sentido del dolor y del sentido del «Otro» habría que estudiarlos en su misma obra. Pero, para no salirme de sus cartas, quiero solamente señalar aquí que en ese primer encuentro con el sufrimiento también él se sublevó un

poco, pero sabía que la aceptación, llevada a cabo bajo la mirada de Dios, lo ayudaría a dominar lo profundo de su pena, a descubrir poco a poco su sentido, a hacerse cada vez más desprendido, más tranquilo, más dueño de sí.

Sabía que era necesario pagar caro este esfuerzo; que la lucha para superarse sería dura. Sólo así, lenta y pensadamente, después de haber conseguido este desprendimiento y esta calma, encontró una respuesta a sus interrogantes, y a esa Esperanza apacible que impresionaba al lector. Tengo que aclarar que solamente entonces fue cuando Emmanuel se permitió hablar y escribir. Es evidente que, en cierto sentido, esta superación que se imponía, y que le llevó tiempo, era facilitada por el hecho de encontrarse lejos de los suyos y no poder comunicarse con ellos más que por escrito. Cuando hablamos ¿qué es lo que queremos comunicar a los otros? ¿Es el desorden de nuestras emociones? ¿Son los sentimientos locos del hombre herido? O bien ¿es el dominio de nosotros mismos sobre ese sentimiento? ¿Podemos tender la mano a los que amamos, cuando estamos nosotros mismos en plena confusión? Esto sería sumergirlo, inconscientemente, aún más en su dolor. Emmanuel pensaba así. Estar al servicio de Dios no tenía sentido para él si antes no se construye uno a sí mismo, no se unifica, no se supera y hace lugar a la paz en sí, que debe bañar toda vida de cristiano auténtico, cueste lo que cueste el combate y el esfuerzo para conseguirlo... A